



Con formato: Sangría: Primera línea: 1,25 cm, Interlineado: 1,5 líneas

Con formato: Encabezado de primera página diferente

El ciclo

Con formato: Fuente: 14 pto, Negrita

Con formato: Normal, Centrado

De repente, la noche del dieciséis de mayo, mi mujer apagó el televisor y me dijo con aspereza:

Con formato: Fuente: (Predeterminada) +Cuerpo (Calibri)

Con formato: Justificado

—Mañana me muero.

Yo me había quedado mudo escuchando cómo el eco de esa frase viajaba de un lado a otro del salón. Por suerte, los chicos no estaban en casa. Quedábamos solo ella y yo. Bueno, y el perro, pero él no entendía qué estaba pasando. Se limitaba a mirarnos por turnos, entre jadeos, con la lengua desplegada, hasta que encontró su propio reflejo en la pantalla del televisor. Y, mientras nuestro yorkshire le ladraba al otro que había en el cristal, despegué por fin la pregunta que se me había pegado al paladar.

—¿Vas a... suici... darte? —Los ladridos de Yogurt me descentraban. Así que le tiré una pantufla para que la mordisqueara un rato.

—¡No, qué va! Por eso no te preocupes, ya lo he hablado con Dios. Puedes quedarte con el cuerpo un tiempo. Eso sí, si no quieres que se pudra demasiado rápido, tendrás que encargarte de alimentarlo, bañarlo e hidratarlo para que no vayan diciendo por ahí que te has casado con una muerta de hambre.

—Pero ¿qué pasa con los chicos?

Tenemos dos hijos: Samuel, de veintiocho, y Víctor, de treinta y uno. Apenas pisan la casa para dormir. A veces me los cruzo de madrugada en días alternos, rebuscando en el frigorífico. Como mucho me preguntan cosas como dónde está el zumo de manzana o si ha sobrado lasaña.

—Se hacen mayores, Ernesto. No lo notarán, ya lo verás.

—Pero... ¿por qué...? ¿Acaso no eres feliz? —Con el asombro, me di cuenta de que las lágrimas también se me habían atascado.

—No le des más vueltas. Hay ciclos que llegan a su fin, y yo he llegado al mío. Ya está decidido. Dios vendrá a recogerme a primera hora de la mañana.

Mi mujer siempre fue muy católica. Iba a la iglesia todos los domingos y acostumbraba a rezar dos veces al día: al levantarse y al acostarse. No supe qué decir. Con ella era inútil discutir. Si la decisión estaba tomada, no había nada que hacer. Y si

además estaba apoyándola una deidad, solo me quedaba callar. El perro volvió a ladrarle a la tele.

—¿Y qué pasa con Yogurt? —pregunté, ahora sí, con la voz rota.

—Ay, no —dijo achuchándole el hocico al perro—, a mi niño me lo llevo. Con cuerpo y todo, ¿verdad, cosita? —Yogurt le lamió la mano y el brazo como si los tuviera untados con chocolate—. Porque tú no puedes vivir sin tu mami, ¿a que no? — El perro soltó un chillido que sonó a «no»—. Esto es cosa de Dios —me dijo bajito como si no quisiera que se enterara el perro—. Por lo visto, si le rezas dos veces al día, luego puedes canjearlo por cosas.

La situación se estaba yendo de las manos. A ver cómo iba yo a explicarles a los chicos que en realidad su madre estaba muerta y que al perro se lo había llevado Dios.

Dormí abrazado a ella, en estado catatónico, sin siquiera poder decirle que la quería, que la quería mucho. A la mañana siguiente, noté que su cuerpo estaba helado y supe que, efectivamente, Dios se la había llevado. Lo extraño fue cuando abrió los ojos y la vi deambular con algo de torpeza de camino al baño. Le pregunté que cómo se sentía eso de estar muerta, pero, claro, se ve que ella ya no estaba ahí dentro porque quien me contestó fue su cuerpo y, en lugar de decirme que estaba loco por preguntar cosas tan absurdas, me dijo que prepararía café. La acompañé a la cocina; no estaba seguro de que pudiera manejarse sin ayuda. Lo hizo. Sabía exactamente dónde guardábamos cada cosa. Era como si fuera ella, pero sin ser ella. Un envase de esposa.

Las siguientes semanas fueron un infierno. Se me vino todo encima. Tuve que reducir las reuniones con amigos y familiares para evitar que se dieran cuenta. Me inventé que al perro lo iban a operar de la próstata y, entre la preparación y el postoperatorio, pasaría unas semanas en la clínica. Empezaban a agotarse las excusas. Samuel y Víctor solo me comentaron el detalle de que, al abrazar o besar a mamá, la sentían más fría que de costumbre. Algo que resolví diciendo que las mujeres, con los años, van cambiando la temperatura a sus anchas por eso de la falta de hormonas. Por lo demás, nadie notó nada. Con mis esfuerzos a la hora de peinarla, perfumarla y alimentarla con puré de pollo y verduras (porque, como muerta que estaba, le costaba masticar el doble), había logrado lo imposible: que mi suegra no notara la diferencia.

Cuando el cuerpo empezó a oler, dejó de moverse y hablar con soltura. No me quedó otra que preparar la despedida. La vestí con el chándal que solía ponerse cuando limpiaba a fondo, le calcé unos guantes de fregar y añadí al kit de limpieza un cubo y dos paños (uno húmedo y otro seco). Subí con cautela al tejado de la buhardilla con ella a cuestas y, después de embadurnar los cristales con Cristasol y hacerle limpiar una de las ventanas, la empujé al vacío (quiero decir que empujé su cuerpo, porque no hay que olvidar que ya estaba muerta de antes).

El día del entierro tuve que morderme la lengua para que no se me escapara el secreto. Por la noche, con la casa vacía —los chicos se habían quedado con la abuela para consolarla—, me arrodillé sobre la alfombrilla del dormitorio en la que solía rezar mi mujer y le pregunté a Dios si sabía cuándo terminaría mi ciclo, pero no respondió.

[Autor de la imagen presentada: Carlos Llabra \(dispongo de derechos de autor\).](#)

K.C.

Con formato: Fuente: (Predeterminada) +Cuerpo (Calibri)